

RELIGIOSIDAD, CONTRARREFORMA Y CULTURA SIMBÓLICA DEL BARROCO

José Luis Bouza Álvarez. Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, XXV. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1990. Prólogo de Julio Caro Baroja y de Antonio Domínguez Ortiz. 484 pp. + 41 figs.

Nuestro panorama historiográfico se ha visto enriquecido en los últimos años con un cambio de sensibilidad que ha motivado un interés creciente por los estudios desarrollados en torno al controvertido, vago e impreciso concepto que se ha convenido en llamar religiosidad popular. Si bien ni son todo lo numerosos que sería deseable, ni siempre merecen la aprobación crítica, todavía imbuidos en exceso de los lastres de la historia cuantitativa o navegando indecisos entre la antropología histórica y la historia de las mentalidades, lo cierto es que avanzamos en un esperanzador camino. La obra de José Luis Bouza Álvarez nos permite confiar plenamente en este progreso, avalada por el prólogo, o mejor los prólogos, de dos investigadores de reconocimiento indudable, Julio Caro Baroja y Antonio Domínguez Ortiz. Antropólogo uno, historiador el otro, parecen indicar la difícil adscripción de esta investigación estrictamente a una u otra especialidad.

Pese al ambicioso título, que nos desconcierta en los tres primeros grandes apartados del libro, la obra constituye un notable ejemplo de inducción a través del cual el autor nos introduce en un tema, el de los santos catacumbales, para culminar en un interesante análisis de la cultura simbólica del Barroco mediante una progresión que, como bien nos comenta Bouza Álvarez en la introducción, no tiene nada de gratuito, sino que constituye un apartado indisoluble del estudio.

El tema de los santos catacumbales, tan interesante como desconocido —de hecho, ha sido estudiado fundamentalmente desde la perspectiva de la arqueología cristiana—, se explica en función de la satisfacción de la ansiedad de devociones que el espíritu contrarreformista provocó en el hombre del Barroco.

Tras realizar un planteamiento general acerca del influjo que el culto a las reliquias después del concilio de Trento ejerció sobre la cultura europea, planteamiento en el que disecciona la problemática surgida por el redescubrimiento de las catacumbas romanas —manifestaciones a favor y en contra, controversia sobre los signos martiriales— y el masivo traslado de mártires a toda Europa durante los siglos XVII y XVIII, Bouza Álvarez se centra en la influencia proyectada sobre la siempre atrayente religiosidad gallega.

La lectura del libro nos permite descubrir cómo, pese a haberse producido traslaciones de reliquias desde el siglo XVII, su verdadera huella no se deja sentir hasta avanzado el siglo XVIII e incluso el XIX; cómo se produce la expansión de estos peculiares santos —San Campio y Santa Minia serían los más emblemáticos—; hasta qué punto los comportamientos religiosos ante tales devociones albergan raíces de cultos pre-cristianos; de qué forma son adaptadas las devociones a las particulares necesidades y sentimientos de la población una vez implantado el modelo «culto» —introducido por la jerarquía eclesiástica— lo que

nos hace pensar en una pluralidad de «culturas populares», o cómo la literatura y la iconografía se impregnaron rápidamente de este espíritu tardío del Barroco.

El análisis evidencia que una parte importante de la religiosidad popular gallega, mejor sería decir del catolicismo popular gallego, hunde con fuerza sus raíces en Trento, que la Iglesia demostró notable eficacia adentrándose en el recóndito universo rural, que la vivencia espiritual barroca afectó por igual a todas las clases sociales —culto y popular son términos aplicados demasiado frívolamente— y que es patente la dicotomía entre religiosidad urbana y rural.

Notamos en falta como historiadores, sin embargo, un mayor análisis de la causa o causas que motivaron un arraigo tan tardío en Galicia del culto a las reliquias y una mayor incidencia en la coyuntura del país, así como un estudio más amplio del papel de la imprenta en la divulgación del culto —estampas, libros y sus ediciones—. Como antropólogos, una mayor profundización en la significación de determinados rituales pre-cristianos que nos permitiría, en la amalgama pagano-católica, un mayor conocimiento de la derivación del culto. Nada de esto, por supuesto, resta el valor indudable de la obra.

Pero, a nuestro entender, el aspecto más interesante de la investigación se centra en la cuarta parte del libro en la que el autor demuestra tener un profundo conocimiento de la cultura clásica. Relaciona el concepto de la bienaventuranza, reflejada en el arte funerario romano, con la representación iconográfica de las tumbas de los mártires. La destreza de la Iglesia fue concluyente: cambió miedo por esperanza, agitación por reposo, muerte por eternidad. Y la imagen de un santo representado en absoluta quietud contribuyó poderosamente a interiorizar el mensaje que la jerarquía eclesiástica intentaba transmitir.

Muchos fueron los símbolos a los que recurrió la cultura del Barroco —la vida equiparada a un navío y la muerte como llegada a un puerto seguro y tranquilo—, amparada en las concepciones filosóficas de pitagóricos, platónicos y estoicos que contrapusieron la vida del virtuoso, apegada a los bienes espirituales, a los seres carnales en contacto únicamente con la materialidad del mundo y cuya ansiedad impide la verdadera tranquilidad: el sueño, el reposo plácido simbolizaban a la perfección el estado del alma del justo, del mártir, del merecedor de la salvación eterna.

Esperemos que estas líneas, sin duda insuficientes, sirvan para reconocer la erudición y el planteamiento inteligente de la obra de José Luis Bouza Álvarez a la que nos hemos intentado aproximar.

LOURDES MATEO